

José María Merino

Presentación por Natalie Noyaret

Nacido en 1941, José María Merino es, pues, de la misma generación que Luis Mateo Díez y, como él, es miembro de la Real Academia Española desde hace varios años (precisamente desde el 27 de marzo de 2008). Otro punto común –esencial– entre ambos es que son de la misma tierra (aunque nacido en La Coruña, Merino se crió en León donde vivían sus abuelos paternos, y se afirmó pronto como narrador leonés).

Si, por cierto, la comparación entre estos dos escritores tiene sus límites, forzoso es reconocer que, a lo largo de como cuarenta años dedicados hasta ahora a la creación literaria, José María Merino también ha ido creando un verdadero Territorio literario, desde el cual reivindica sin tregua –para decirlo con sus propias palabras– «la realidad de lo imaginario» (*El Urogallo*, mayo de 1986).

En el breve espacio de tiempo del que dispongo, la prioridad para mí consistirá, en efecto, en mostrar que, en su conjunto, la Obra de Merino constituye un mundo muy unitario, de una gran cohesión y coherencia, pese a la variedad de modalidades narrativas que ha ido cultivando o explorando, en un afán de experimentación siempre renovado.

Si bien es verdad que Merino comienza su trayectoria de escritor escribiendo poesía (publica su primer poemario –*Sitio de Tarifa*– en 1972), su inclinación hacia lo narrativo –inclinación ya perceptible en sus poemas– lo lleva pronto a cultivar la prosa, tanto más cuanto que el cambio de régimen político que se produce en aquellos años en España ofrece la garantía de las condiciones de libre expresión y de comunicación para que surja esa «novelística viva y plural» a la que Merino aspira, y que ya en 1976 contribuye él mismo a crear con la publicación de una primera novela –*Novela de Andrés Choz*– con la que recibe el premio Novelas y Cuentos.

Novelista y cuentista, tales serán, de hecho, las dos facetas esenciales de este gran narrador en el que Merino no tardará en convertirse.

Novelista, con la publicación en 1981 de *El caldero de oro*, una obra entrañable en la que ya trasparece la importancia que su autor otorga al mito, a la relación con la tierra natal, a la historia y la identidad, tanto a nivel individual como colectivo. En esta misma

novela, se manifiesta también, por parte del autor, una voluntad o tendencia a borrar las fronteras y distinciones entre espacios, tiempos, personajes y también entre los diferentes órdenes de realidad (realidad/ficción, vigilia/sueño), algo que Merino lleva hasta sus extremos en la novela siguiente, *La orilla oscura*, galardonada con el premio de la Crítica en 1985, un relato laberíntico, verdadero pozo o abismo onírico capaz de entregarnos la clave de nuestro propio origen, de nuestra propia sustancia.

Conviene señalar, además, que, a lo largo de la década de los ochenta, Merino produce también una serie de novelas de aventuras para el público juvenil al que quiere recordar los episodios más dramáticos de la Conquista. *El oro de los sueños* (1986), *La tierra del tiempo perdido* (1987) y *Las lágrimas del sol* (1989) acaban, pues, por componer una trilogía de ambientación americana que, en 1992, y como para crear un nuevo espacio de ficción, Merino reunirá en un mismo libro titulado *Las crónicas mestizas* (pudiendo remitir este último adjetivo no sólo al mestizaje del personaje protagonista sino también, como se habrá entendido, al del texto, de la trama textual).

Asimismo, en el año 2000, Merino agrupará en un único volumen las novelas *El caldero de oro*, *La orilla oscura* y *El centro del aire*, novela (esta última) publicada en 1991 y centrada en la peripecia de tres amigos de la infancia que van juntos en busca del pasado perdido simbolizado por un patio que fue el centro de sus juegos y sueños infantiles. Tal es precisamente lo que uno de estos personajes –Julio Lesmes cuyo nombre no deja de recordar el de Julio Verne– quiere recuperar o recrear mediante la creación novelesca. Un libro muy apropiado, dicho sea de paso, para alimentar nuestra reflexión sobre la temática del “*écrivain à l’œuvre*” en la medida en que, dentro del propio relato y a través de este personaje al que acabo de evocar, el escritor está representado “manos a la obra”, mediante una identificación con Robinson Crusoe, como representación del naufrago, figura o motivo clave en la obra de Merino.

En cuanto a las demás novelas publicadas por él en los años 90 dan cuenta, a mi parecer, de una voluntad de explorar y renovar diferentes fórmulas dentro de este mismo género (la novela), sin abandonar por ello los temas u “obsesiones” de siempre.

En efecto, si es verdad que con *Las visiones de Lucrecia* (novela publicada en 1996, y galardonada con el Premio Miguel Delibes de Narrativa) Merino quiere, a todas luces, mostrar la fuerza de las imágenes de los sueños, no es menos cierto que cultiva la novela histórica al escribir la crónica, lo más fidedigna posible, de la triste aventura de Lucrecia de León, muchacha visionaria que, en tiempos de Felipe II, vivió entre sueños y por eso fue perseguida y duramente castigada por la Inquisición.

Dos años después, en la hermosa colección de los Libros de la Candamia (Edilesa, León), Merino nos entrega un libro de memorias titulado *Intramuros* (1998), caracterizado por un gran lirismo y un tono intimista, de carácter claramente autobiográfico, en el que el

niño que fue se identifica hasta tal punto con la ciudad de León que acaban formando un mismo cuerpo.

Un año más tarde, al reunir *Cuatro nocturnos* en un mismo libro (al que da este mismo título), José María Merino afronta una distancia narrativa de especial dificultad –la novela corta– y ello para explorar de nuevo, pero mediante diferentes recursos técnicos, las posibilidades y los peligros de la imaginación.

A estas alturas, también sigue escribiendo para el público juvenil (pienso en *Los trenes del verano. No soy un libro*, que obtiene en 1992 el Premio Nacional de literatura infantil y juvenil), e incluso para los más pequeños, con un par de libritos –*El cuaderno de hojas blancas* (1996) y *Regreso al cuaderno de hojas blancas* (1997)– ilustrados con dibujos muy sugerentes realizados por la propia mano del autor.

Otra labor a la que se dedica en los albores del tercer milenio es la preparación de una recopilación original de casi dos centenares de leyendas españolas (*Leyendas españolas de todos los tiempos. Una memoria soñada*, 2000), con lo cual intenta luchar contra la pérdida de una perspectiva de conjunto de la cultura del país.

Asimismo, las novelas publicadas desde el principio del siglo XXI hasta hoy aparecen, desde el punto de vista genérico y formal, como otros tantos retos narrativos con los cuales, cultivando con particular fuerza la ambigüedad, Merino lleva a cabo la fusión o confusión absoluta entre realidad y ficción, sea ésta de tipo onírico o literario.

Buen ejemplo de ello reside en esa singular novela titulada *Los invisibles* (publicada en 2000), que, además de entrelazar lo fantástico y lo cotidiano, de revelar y denunciar varias formas de exclusión social en nuestro mundo, encierra un lúcido juego metaliterario que, como reza la contraportada, «acaba metiendo el mundo real en su propio artificio».

Con *El heredero*, novela río publicada en 2003 y que desde su propia estructura presenta las dos orillas atlánticas como dos espejos contrapuestos y algo borrosos como para sugerir el concepto de una identidad híbrida y cambiante, Merino cultiva esta vez la saga familiar pero valiéndose de procedimientos y técnicas de la narrativa actual para romper los esquemas tradicionales de este género.

Así es como llegamos a las tres novelas más recientes, *El lugar sin culpa*, *La sima* y *El río del Edén*, publicadas respectivamente en 2007, 2009 y 2012 y destinadas, de hecho, a componer un ciclo narrativo dedicado a los *espacios naturales*.

En *El lugar sin culpa*, Merino recurre, en particular, al motivo de la isla para recrear un paraíso natural, un espacio protegido, aparentemente fuera del tiempo y del resto del mundo, capaz de remitir al universo de la ficción, para mostrar, al fin y al cabo, que resulta imposible romper de forma absoluta y definitiva con el propio pasado, e incluso dentro del presente con lo de fuera.

Un pueblo envuelto en las nieblas del norte y en el que persisten las huellas de un pasado colectivo traumático –restos de personas presuntamente arrojados a una sima

durante la Guerra Civil– compone el espacio natural en el que se desarrolla *La sima*, segundo eslabón de este ciclo narrativo. Una novela que, por tanto, se adscribe a la llamada novela de la memoria histórica, con esa particularidad de presentar la creación novelesca como quizá el mejor bálsamo para cerrar las heridas de la contienda fratricida.

Por fin, el espacio natural al que remite *El río del Edén*, es la zona del Alto Tajo, lugar fabuloso, lleno de mitología y leyenda, muy apropiado para ser asimilado al Edén. Así es como, a través de un amor perdido que el personaje del libro vuelve a vivir mentalmente, Merino reescribe la historia de los primeros padres de la humanidad. Recurriendo a una segunda persona gramatical que compone a la vez un flujo de conciencia y una narración objetiva, nos brinda, como se indica en la contraportada, «un drama amoroso y familiar muy propio de los tiempos que vivimos».

Y ahora la otra faceta, la del cuentista, no menos importante que la del novelista, complementándose ambas y conjugándose plenamente, ya que Merino suele alternar la escritura de novelas y cuentos.

De hecho, su vocación de cuentista, además de la de novelista, no ha dejado de confirmarse desde su primer libro de cuentos, *Cuentos del reino secreto*, publicado en 1982 y con el que ya contribuye a la revitalización del género. Como explica, por ejemplo, en *Ficción continua*, libro publicado en 2004 y que encierra sus reflexiones sobre la creación literaria (le hará eco *Ficción perpetua*, diez años más tarde), Merino ve en el cuento «un territorio muy adecuado para que el narrador dé libre curso a cualquier modo de invención». Si es cierto que casi todo lo que escribe pudiera adscribirse al género fantástico por tratar siempre, de una u otra manera, de la fricción entre la realidad de lo vivido y la realidad de lo soñado, no cabe duda de que en el ámbito del cuento es donde Merino «se entrega decididamente a la tentación de lo imposible», a la exploración del *otro lado* de la realidad visible, palpable. Ese *otro lugar* que en 2010 da su título a un volumen (*Historias del otro lugar*) en el que Merino reúne todos los cuentos (66) escritos entre 1982 y 2004: es decir los ya mencionados *Cuentos del reino secreto*, a los que se añaden los que componen *El viajero perdido* (libro publicado en 1990), también los llamados *Cuentos del Barrio del Refugio* (de 1994), y por fin los *Cuentos de los días raros*, nacidos en 2004 de la pluma de Merino como otras tantas muestras del “realismo quebradizo”, es decir un realismo, que, sin ser propiamente fantástico, es capaz de revelar la “trama oculta” de la realidad concreta y cotidiana o familiar.

Ahora bien, el interés de Merino por la narración brevisima, es decir por el microrrelato o minicuento, lo lleva en 2002 a componer una especie de diario diurno al que da el título de *Días imaginarios* y que encierra un centenar de breves piezas fantásticas, y, tres años más tarde, los *Cuentos del libro de la noche* (2005), un curioso libro que se define como el envés del anterior, ya que ahora se trata de una especie de diario nocturno,

compuesto de piezas aún más breves, como las iluminaciones o los súbitos centelleos que pueblan el espacio nocturno de la duermevela y de la imaginación; un espacio, como sabemos, donde se desvanecen las fronteras entre los distintos órdenes de realidad y donde pueden producirse todo tipo de metamorfosis. (Abriré un breve paréntesis para señalar también que, en 2006, Merino publicó un pequeño y personal diario de sueños –o de insomnios– titulado *Tres semanas de mal dormir*).

En 2007, Merino reúne su producción completa de microrrelatos en *La glorieta de los fugitivos* (Premio Salambó), y en 2008 saca a la luz *Las puertas de lo posible*, conjunto de 17 piezas futuristas prologadas por su apócrifo sin duda más conocido (el Profesor Souto), con el que expresa su inquietud respecto al porvenir del planeta Tierra además de rendir homenaje a la ciencia ficción clásica.

Publicado en 2011, *El libro de las horas contadas*, compuesto de cuentos o minicuentos independientes, constituye de cierta manera un nuevo experimento literario, en la medida en que el escritor leonés borra allí las fronteras entre novela y cuento al enlazar las diferentes piezas breves por unos protagonistas comunes, hasta conformar una *trama novelesca*.

De ahí quizá el título de su última obra, *La trama oculta*, libro publicado en 2014, con el subtítulo *Cuentos de los dos lados con una silva mínima*: un total de 20 cuentos y 17 microrrelatos que ilustran sus diversas maneras de cultivar la narración breve, de explorar los misteriosos pliegues de la vida cotidiana. El libro se divide en efecto en tres partes: una primera titulada «de este lado» donde predomina lo realista, una segunda titulada «de aquel lado» en la que predomina lo fantástico con alguna incursión en la ciencia ficción, y por fin la «silva mínima», broche final, dedicado al minicuento, en el que, pasando del sarcasmo al homenaje, Merino renueva su tratamiento de temas, motivos y obsesiones recurrentes, como la infancia perdida, el doble, el sueño, la muerte, la ficción y autoficción... En fin, temas o aspectos de la labor del narrador que sin duda él y Luis Mateo Diez van a abordar ahora al discurrir sobre la temática que nos reúne, del *écrivain à l'œuvre*. Les doy la palabra.